

“Abriendo la casa de par en par”: retos de la reproducción social, la familia, el cuidado y el tiempo libre en el siglo xxi

David Fernando García González*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

¿Cómo citar?: García González, D. F. (2025). “Abriendo la casa de par en par”: retos de la reproducción social, la familia, el cuidado y el tiempo libre en el siglo xxi. *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 377-385.

doi: <https://doi.org/10.15446/rccs.v48n1/116539>

Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 2.5.

* Profesor Asociado del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. PhD en Ciencias Humanas y Sociales, Magíster en Estudios Culturales y Sociólogo. Actualmente es Coordinador de la Maestría en Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Correo electrónico: dfgarcia@unal.edu.co -ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2987-7407>

La editorial argentina Caja Negra creó hace unos años la colección *Futuros Próximos* con la idea de “elaborar un repertorio de recursos críticos que nos ayude a leer las transformaciones del mundo que nos rodea”, y considero que el libro que me interesa reseñar acá se aliena claramente a este ambicioso objetivo. Se trata de *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre* (2024), de Helen Hester y Nick Srnicek. Hester es autora de varios textos referentes de los debates sobre el tecnofeminismo y la reproducción social; mientras Srnicek ha ahondado en problemáticas de la economía política y el mundo digital en el contexto del capitalismo de plataformas. Con todo, intelectual y políticamente, esta pareja tiene un interés común: el poscapitalismo y el postrabajo.

Este libro es resultado de tres coyunturas. Primera, la crisis económica de 2008 y la manera como la especulación financiera agudizó la precarización y desregulación de los mercados laborales contemporáneos. Segunda, la pandemia por Covid-19, que, según Hester y Srnicek —en adelante H&S—, puso de manifiesto que más que hacia una “economía de servicios” el mundo transita hacia una “economía de cuidado”, piénsese en la cantidad de tiempo y trabajo que dedicamos entonces a cocinar, limpiar, cuidar... De allí que planteen sin ambages que “[...] el futuro del trabajo no es la programación, sino el cuidado: más una cuestión de alto contacto (*high-touch*) que de alta tecnología (*high tech*)” (p. 15). Y tercera, la discusión político-académica sobre la crisis del capitalismo, y en particular la crisis del trabajo, cuyos animadores más radicales han llegado a hablar del fin definitivo del trabajo (Albert 2004), retomando un debate que se venía planteando por lo menos desde los años 90 con los postulados de sociólogos como Jeremy Rifkin, quién justamente tituló uno de sus libros más conocidos como “El fin del trabajo” (1996). A juicio de H&S el postrabajo y el poscapitalismo son tendencias inminentes que están dando forma a muchos fenómenos del mercado laboral, la vida cotidiana y la reproducción social; sin embargo, es claro que aunque algunos de estos fenómenos parecen empezar a insinuarse en las sociedades y economías latinoamericanas, hay que aproximarse a estas tendencias, y en especial a estos términos, con reflexividad, pues “la retórica del post”, aunque llamativa, puede sugerir no sólo una perspectiva lineal y etapista de la historia, asumiendo de manera reduccionista que el capitalismo y/o el trabajo simplemente “ya pasaron”, sino incluso colonialista, si se asume que como la realidad ya cambió en el “mundo desarrollado”, será cuestión de tiempo para que suceda lo mismo en todas partes.

Con todo, es innegable que el mundo del trabajo, y con éste la reproducción social, la familia y el cuidado, están cambiando drástica y aceleradamente, y es allí donde la propuesta de H&S resulta sugerente, no tomada de manera prescriptiva o normativa —qué deberíamos hacer—, sino como un insumo para hacer nuestros propios balances y análisis. En este sentido, el primer reto es romper con la centralidad que hasta ahora ha tenido el trabajo asalariado —y con éste los espacios y los trabajos

masculinizados—. Necesitamos entonces pensar otras de sus formas, por ejemplo, el trabajo de reproducción social en el espacio doméstico, históricamente feminizado y por ello menos cuestionado.

Para construir su argumento, H&S se valen de estadísticas sobre mercados laborales y tendencias de gasto en diversos países de Europa y Asia, las cuales sugieren que la reproducción social es una fuente importante de empleos en las últimas décadas. Es importante señalar que se concentran en países de altos ingresos que están a la vanguardia del desarrollo tecnológico y digital, con lo cual cualquier lectura desde Latinoamérica o el sur global debe hacerse “a beneficio de inventario”, pues son realidades materiales y económicas muy diferentes, y aunque seriamente disminuidos y precarizados, en nuestra región todavía hay contingentes de trabajadores industriales o de profesionales uniformados que cumplen horarios de oficina. Aun así, pese a las distancias evidentes, resultan potentes sus aportes a varios niveles, pues mientras conceptualmente proponen una perspectiva poslaboral que incluya el trabajo reproductivo, políticamente apuntan a “[...] desarrollar un enfoque sobre la reproducción social que valore la libertad para todos: que reconozca el trabajo reproductivo como trabajo, que lo reduzca todo lo posible y que redistribuya el trabajo restante de manera equitativa” (p. 21). Esta es su declaración de principios, que presentan en la introducción del libro: el trabajo reproductivo debe ser reconocido, redistribuido y, ojalá, reducido. A continuación, dedican cuatro capítulos a pensar aspectos centrales de *cómo ha sido* la reproducción social, para finalmente presentar algunas premisas sobre *cómo podría ser* en un mundo poslaboral.

El segundo capítulo se titula “Tecnologías”, lo que puede resultar extraño dado que “[...] en las discusiones contemporáneas sobre el trabajo reproductivo suele pasarse por alto el problema de la tecnología” (p. 32), acaso porque la reproducción social todavía se nos antoja el límite de la automatización, al menos mientras nos siga pareciendo distópico un futuro donde el cuidado esté a cargo de robots, un fenómeno cada vez más explorado y celebrado por las grandes empresas de tecnología e inteligencia artificial (Olaizola 2023). En este capítulo, H&S analizan la promesa —incumplida— de los dispositivos tecnológicos de reducir las cargas del trabajo doméstico. Dado que antes del siglo XX la tecnología se priorizó para incrementar la productividad industrial, su uso fue residual en las casas hasta la llamada “revolución industrial del hogar”, que sólo fue posible gracias a la inversión en infraestructuras públicas de agua corriente, electricidad y gas. Entonces las casas (de personas blancas de clase media) se llenaron de estufas, hornos y todo tipo de dispositivos atractivos en su diseño y fáciles de usar, pero, dadas las intrincadas relaciones entre tecnología y trabajo reproductivo, “[...] la revolución industrial del hogar estuvo acompañada de un cambio radical en la organización social de este trabajo cada vez más individualizado y

concentrado en la figura del ‘ama de casa’” (p. 40).

Una de las consecuencias de esta automatización fue la despolitización y el aislamiento del ama de casa. Otra consecuencia fue “la paradoja de Cowan” —llamada así por la historiadora de las tecnologías domésticas Ruth Schwartz Cowan (1983)—, y es que, a pesar de la creciente tecnificación, no se reducía el tiempo de trabajo doméstico, al contrario, aparecían nuevas tareas, algo que se hace evidente en el siglo XXI con el auge del “hogar inteligente”. Hoy los electrodomésticos necesitan estar conectados a internet y plataformas de servicios, y tras esa conexión viene la datificación de la vida cotidiana y nuestros hábitos de alimentación, aseo, etcétera. Con la entrada en escena de la robotización y de las plataformas, se está transfiriendo trabajo reproductivo al mercado, subordinándolo a los imperativos de rendimiento y valorización capitalista, o de plano reconvirtiéndolo en trabajo asalariado o tercerizado, sólo así es posible que “aparezca” la compra del mes en la puerta sin saber que se necesitaba, ¡magia! —digital—. En rigor, las nuevas tecnologías antes que reducir el trabajo del hogar lo están transfiriendo al mercado, y entonces cabe preguntarse: ¿qué pasa cuando la racionalidad económica-capitalista llega a la esfera del cuidado y del trabajo reproductivo?

Ahora bien, “[...] en el preciso momento en que se estaban introduciendo las tecnologías domésticas, los estándares de limpieza e higiene estaban aumentando” (p. 42), este fenómeno es analizado en el tercer capítulo, titulado “Estándares”, pues para H&S es una de las razones del fracaso de la tecnología en reducir el trabajo doméstico; había nuevos dispositivos, es cierto, pero también aumentaron exponencialmente las expectativas sociales sobre limpieza, alimentación, salud y cuidado. Entran en juego entonces las normas y las estructuras que gobiernan el trabajo reproductivo, y con estas una de las ideas más potentes del libro: el poder disciplinario —y de auto-exploitación— de las expectativas sociales. Un ejemplo de ello es el tiempo y el esfuerzo que dedicamos cuando cocinamos y limpiamos con esmero para recibir una visita; pensemos: “¿Estamos creando una casa impecable porque eso es lo que queremos, porque sirve a un propósito funcional o porque las normas sociales nos obligan a hacer este trabajo?” (p. 116). Parece evidente que necesitamos revisar las ideas acerca de los estándares de vida socialmente aceptables y deseables, más aún con el auge de *influencers* como Marie Kondo, personajes mundialmente famosos por hablar de limpieza y orden (Sandlin y Wallin 2021).

Otros estándares que han aumentado son los de la maternidad y la paternidad, que interesan especialmente a H&S puesto que además de ser pareja tienen hijos. Hoy hay mayores expectativas y presiones para que la crianza sea activa, intensiva e integral, con ello “El trabajo de reproducción social se incrementa, ya que los padres llenan su tiempo investigando las mejores actividades en las que inscribir a sus hijos, coordinando múltiples horarios, transportando a los niños de un lugar

a otro y a menudo aprendiendo a la par de ellos para poder apoyar su desarrollo” (pp. 108-109). De nuevo nos topamos con una paradoja, pues, aunque son evidentes las ventajas de una crianza comprometida, sabemos que hablamos de una de las instituciones centrales en la (re) producción de jerarquías y desigualdades sociales (Bourdieu 2011). En todo caso, se preguntan H&S, copar el tiempo de los/as hijos/as con todo tipo de actividades, dentro y fuera del colegio, ¿no es una estrategia típicamente capitalista para formar “capital humano”? Como padre, he llegado a sentir culpa por no pasar más tiempo con mi hija o no inscribirla en más actividades extracurriculares, y justamente el reto acá es cuestionar y superar esa culpa por no alcanzar estándares sociales excesivamente altos, y buscar tener más agencia en “[...] determinar y autolegislar colectivamente los tipos de normas con los cuales querríamos comprometernos” (p. 119).

El cuarto capítulo, “Familias”, es uno de los más difíciles del libro, no porque asuma un tono teórico abstracto, sino todo lo contrario, porque su propuesta es clara y contundente: es necesario repensar la institución familiar que el capitalismo ha impuesto como forma (re)productiva hegemónica porque era la más afín a su modelo de trabajo, la familia nuclear. Teniendo en cuenta la defensa férrea que múltiples sectores hacen de la familia, y que ésta “(...) sigue estando impregnada de una carga emocional explosiva” (p. 236), preguntémonos si estamos listos para dar esta discusión y ser realmente consecuentes. La familia nuclear y cisheteropatriarcal “[...] ha demostrado ser aislante, excluyente, laboriosa, intensiva y profundamente injusta, y sin embargo se conserva poderosamente impregnada en nuestro imaginario cultural” (p. 137), además, ha sido un mecanismo eficiente de privatización del cuidado, de allí el balance que hacen H&S: “[...] en términos de trabajo reproductivo, la familia es extremadamente ineficiente y un vasto repositorio de desigualdades de género” (p. 131).

A continuación, analizan el proceso por el cual la familia nuclear se volvió hegemónica, y lo hacen ubicando la aparición del “jefe de familia” -cuyo revés de trama fue la invención del “ama de casa”-, durante el auge industrial del siglo XIX, que separó los espacios del trabajo productivo y reproductivo. Los hombres salieron a las fábricas; las mujeres tuvieron que quedarse en casa (por lo menos hasta que el mercado las volviera a necesitar); así se configura una nueva política del tiempo en función del género, pues mientras para los hombres el tiempo en casa era de descanso y ocio, para las mujeres era de intenso trabajo reproductivo. En paralelo disminuían las posibilidades laborales de las mujeres, lo cual remarcaba la dependencia económica de la familia frente al salario del hombre, que entonces se erigía como “el jefe de la casa”. Para principios del siglo XX la familia nuclear se había consolidado en Occidente como aspiración normativa y como forma hegemónica de la reproducción social, y su apogeo se extendió hasta los años setenta, cuando “Las crisis económicas

[...] y los subsiguientes ataques al movimiento obrero hicieron finalmente imposible para la mayoría de las personas de clase trabajadora mantener a un ama de casa no remunerada fuera del mercado laboral” (p. 151). Puede que en las últimas décadas la figura del “jefe de familia” se haya desdibujado por cuenta de las presiones económicas, pero sigue pesando en la sociabilidad del hogar; por ello “[...] no deberíamos dar por sentado que la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado necesariamente equivale a una disminución o redistribución de sus cargas reproductivas” (p. 156).

El penúltimo capítulo se titula “Espacios”. En este H&S examinan “[...] hasta qué punto los desafíos del trabajo doméstico y del cuidado no remunerado al interior de la familia derivan de las formas arquitectónicas dentro de las cuales suelen desarrollarse” (p. 23); se trata de un sugerente análisis donde se toman en serio los espacios y los objetos, para lo cual ponen a dialogar sociología, arquitectura y diseño. Aquí el énfasis es en la residencia unifamiliar, que “[...] se ha convertido en una norma aspiracional, en un logro que hay que celebrar y por el cual hay que luchar” (p. 177); este ensamblaje entre una estructura social particular —la familia nuclear— y un espacio atomizado y despolitizado —la casa—, dio lugar a lo que llaman “realismo doméstico”, una ideología persistente que ha servido entre otras cosas para privatizar el trabajo reproductivo. Por supuesto hubo otras formas de espacialidad y sociabilidad doméstica, y en este capítulo revisan algunas experiencias que tuvieron lugar en el siglo XX, como La Comuna Rusa, La Viena Roja de la segunda posguerra y el Movimiento Hippie de los sesenta, todas con algo en común: el intento de colectivizar casi toda la vida cotidiana a partir de disponer instalaciones comunes como lavanderías y cocinas, que permitían compartir y racionalizar el trabajo doméstico.

Sin embargo, es claro que ninguno de estos intentos logró consolidarse y proyectarse a otros contextos como sí lo hizo con contundencia —en especial durante la Guerra Fría— el hogar unifamiliar y el “realismo doméstico”. Y es que “A medida que avanzaba el siglo XX, la domesticidad estadounidense de posguerra en sí misma se volvió un arma para la guerra de propaganda” (p. 202). Para ilustrar esto, H&S se detienen en la cumbre de 1959 entre Nixon y Khruschev, en especial en el famoso debate en que la exhibición de la cocina diseñada por General Electric dio lugar a que cada mandatario elogiara su propio modelo de domesticidad y, de paso, las relaciones económicas y sociales de sus sistemas políticos. Por prosaicos que parezcan, el espacio y la vivienda eran considerados ya asuntos de Estado, pues, como sentenciara en los cuarenta el magnate inmobiliario William Levitt: “[...] ningún hombre que sea dueño de su propia casa y terreno puede ser comunista. Tiene mucho que hacer” (p. 201). En efecto, en una casa unifamiliar hay mucho qué hacer, más aún si se elevan los estándares de limpieza y se agregan espacios —jardines, porches, baños, etcétera—, pero ese trabajo

no suelen hacerlo los hombres, tal vez Levitt lo perdió de vista porque es trabajo no remunerado. En todo caso, la idea de “tener casa” sigue articulando fuertes imaginarios sobre el éxito, la movilidad social y la autosuficiencia, imaginarios que sólo se han exacerbado con el auge del emprendedurismo y el imperativo contemporáneo de ser propietarios y empresarios (Lazzarato 2013), pero “La casa y el terreno no son solo activos económicos sino también tecnologías que producen subjetividad. Inducen y mantienen un estado generalizado de conformidad política mediante distracciones sumamente individualizadas” (p. 221).

Finalmente, el apartado de conclusiones se titula “Después del trabajo”. Hay que decir que, como es común con las posturas más críticas y utópicas, el análisis que hacen H&S en este libro es mucho más contundente que sus propuestas, aún muy genéricas y especulativas. Aun así, encuentro sugerentes varias de sus ideas a propósito de cómo podría ser la reproducción social en un futuro donde el trabajo haya perdido centralidad en la definición de identidades y de posibilidades materiales de vida, es decir, un mundo en que ya no esté escrito en piedra aquello de que “soy lo que hago” o “si no trabajo no como”. Sobre esto proponen tres aspectos centrales: cuidado comunal, lujo público y soberanía temporal.

Frente al primer punto se preguntan, “¿Y si pudiéramos imaginar el suministro de un cuidado adecuado en términos de camaradería, ayuda mutua y otras formas de prestación colectiva antes que sólo en términos de parentesco biológico?” (p. 239). La propuesta es que para colectivizar el cuidado es necesario disponer de infraestructuras que permitan desarrollarlo en espacios comunitarios, como comedores comunitarios, jardines infantiles y centros de cuidado que alivien la sobrecarga y la creciente medicalización del hogar. También habría que tener mejores infraestructuras del tiempo libre, con espacios para reunirse y socializar. Se trata, en suma, de crear todo un “ecosistema del cuidado” compuesto por nuevas instituciones que respondan más y mejor que la familia tradicional. Para ello las políticas públicas deberán reconocer formas más amplias del cuidado y adaptarse a los nuevos parentescos. Como ejemplo de esto mencionan el Código de Familias recientemente aprobado en Cuba, que ofrece una definición mucho más amplia de familia, entendiéndola como “Una unión de personas vinculadas por un lazo afectivo, psicológico y sentimental, que se comprometen a compartir sus vidas y apoyarse mutuamente” (p. 249).

La infraestructura necesaria para la colectivización del trabajo de cuidado requiere de disponer de lo que H&S llaman “lujo público”. Atención porque esta propuesta es interesante. En el contexto capitalista “[...] el lujo suele ser concebido como un bien posicional: un puro objeto de estatus, deseable precisamente porque son muy pocos quienes pueden acceder a él. En este sentido, la sola idea de un lujo público -uno que sea accesible a todos- puede sonar como una contradicción”

(p. 240). Piénsese en los servicios públicos, que en muchos países son considerados el último recurso por su precariedad y baja calidad; aquello que queda cuando no se puede pagar otra cosa. Esto lo han sabido explotar los abanderados de la privatización, que no sólo ofrecen eficiencia sino exclusividad, y entonces el ir al médico deja de ser un evento traumático para convertirse en una “experiencia de usuario”. La propuesta acá es disponer de un lujo público basado en la idea de *calidad* antes que, de exclusividad; es decir, construir infraestructuras funcionales y estéticas al servicio de las comunidades locales, que generen interacciones y relaciones comunitarias y permitan desarrollar apego y aprecio por el territorio. Se trata, si se quiere, de hacer del barrio o de una localidad nuestra casa, y tratarla como tal.

Por último, H&S abogan por una “soberanía temporal”, y acá hay que decir que el problema del tiempo atraviesa todo su argumento, desde el subtítulo mismo del libro: “Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre”. Así que no se trata solamente de replantearnos el ideal de familia y de casa, o de retornos a asumir que lo público puede ser sinónimo de calidad y eficiencia sin perder su carácter universal y ojalá gratuito, también hay que cuestionarse seriamente lo que consideramos “valioso”; es decir, nuestra idea misma de valor, y es que “[...] el principio organizador del valor en el capitalismo regula directamente las compensaciones entre las posibilidades que compiten en nuestras vidas y lo hace de formas que entran en conflicto con muchos de los valores que tenemos en alta estima [...] Por ejemplo, tomarse un día libre del trabajo asalariado puede significar pasar más tiempo con un ser querido, pero también puede implicar un sueldo más bajo; dejar que un hijo juegue al aire libre en lugar de hacer que aprenda un nuevo idioma puede significar más diversión para todos, pero podría equivaler a una menor preparación para el mundo laboral del futuro” (p. 244). La soberanía temporal tiene que ver con libertad, esa es la utopía que se plantea en el libro, libertad para elegir más conscientemente qué hacemos con nuestro tiempo y qué consideramos valioso, bajo el entendido de que “Ser libres no es cuestión de liberarse de un mundo social, sino de ser libres para comprometernos, transformarnos y reconocernos en las normas sociales a las cuales estamos sujetos” (p. 245).

No es fácil romper con los deseos de individualidad, privacidad y propiedad que vienen con el ideal de “tener” una familia y una casa, más aún después de dedicar años, vidas enteras, a ello. De allí la pertinencia sociológica de este libro, que nos reta a pensar “Futuros Próximos”; pero esta tarea requiere por igual de imaginación colectiva, compromiso individual y voluntad política, sólo así es posible transformar el modo en que pensamos la vida en común.

Referencias

Albert, Michael. (2004). *Parecon: Life After Capitalism*. Verso.

- Bourdieu, Pierre. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI.
- Hester, H, y Srnicek, N. (2024). *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*. Caja Negra.
- Lazzarato, M. (2013). *La Fábrica del Hombre Endeudado. Ensayo Sobre la Condición Neoliberal*. Amorrortu.
- Olaizola, B. (2023). Los cuidados del futuro: ¿pueden los robots atender a personas mayores o enfermas? *El País*. <https://elpais.com/proyecto-tendencias/2023-12-21/los-cuidados-del-futuro-pueden-los-robots-atender-a-personas-mayores-o-enfermas.html>
- Rifkin, J. (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Paidós.
- Sandlin, J., y Wallin, J. (2021). Decluttering the Pandemic: Marie Kondo, Minimalism, and the “Joy” of Waste. *Cultural Studies Critical Methodologies*, 22(1), 96–102. doi: <https://doi.org/10.1177/15327086211049703>
- Schwartz Cowan, R. (1983). *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*. Basic Books.